

BOMBA DE NEUTRONES: LA PUERTA DE LA GUERRA

EDUARDO HARO TECGLÉN

Lo que significa la construcción de la bomba de neutrones es que la guerra mundial vuelve a ser posible. El invento consiste en eso: en que la bomba se localiza, concentra sus radiaciones, elimina —no del todo— la fuerza del calor y de la explosión y por lo tanto puede usarse en el campo de batalla exclusivamente para destruir concentraciones de tropas, dejando relativamente intacto el entorno. Es un arma de las llamadas tácticas; el arsenal nuclear que ya empieza a llamarse clásico es estratégico. Naturalmente, todo ello es una teoría. Un juego de palabras. Como el que reviste los conceptos de armas defensivas y armas agresivas. Ya se sabe que la agresión siempre corresponde al otro, que "uno" no pretende otra cosa más que defenderse. En esta idea, los Ministerios de la Guerra de todo el mundo, o casi todo el mundo, cambiaron ya hace años su nombre por el de Ministerio de Defensa, y hace poco comenzó a cundir la idea llamarles Ministerios de la Paz: todavía no se ha llegado a ello, pero ya uno de los lemas de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos es "The peace is our task", la paz en nuestra tarea, o nuestro oficio. Nada impide en la práctica que una o varias bombas de neutrones —pequeñas de tamaño, pero con una capacidad muy superior a la primera bomba atómica: a la de Hiroshima— pueda ser arrojada sobre una gran ciudad. Moscú o Washington. O Nueva York, donde ya se han visto cuáles son los efectos de un simple apagón de luz. Y la realidad es que la posibilidad de que la URSS tenga bombas de neutrones operativas es sólo una cuestión de tiempo, si es que no las produce ya.

Dentro de una considerable hipocresía de intenciones y círculos, los Estados Unidos han decidido ya prácticamente la construcción de la bomba de neutrones que irá a instalarse —según parece la voluntad de Carter, o sea, la del Pentágono— en los misiles y la artillería estacionados en Europa: los cohetes Lánzer, los obuses de 105 mm. El Senado ha aprobado los presupuestos en que va incluida la fabricación: son, como se sabe, presupuestos aparentemente destinados a obras públicas (Proyectos para obras hidráulicas, para la construcción del reactor en el río Clinch; y para la bomba

de neutrones) por una votación clara, de 85 votos contra 3. La cláusula de salvaguarda de conciencia que los senadores han colocado es una enmienda por la cual, si el Presidente insiste, sigue adelante con el proyecto, el Congreso —las dos Cámaras reunidas— tiene un plazo de cuarenta y cinco días para imponer su veto: es una fórmula. No es una restricción real al poder presidencial —sobre todo, en el aspecto que tiene aquí de jefe supremo de las Fuerzas Armadas—, sino más bien una forma de tranquilizar su conciencia: con la aprobación del Senado y la Cámara de Representantes en conjunto, podrá decir tranquilamente que tiene la opinión del país detrás de él.

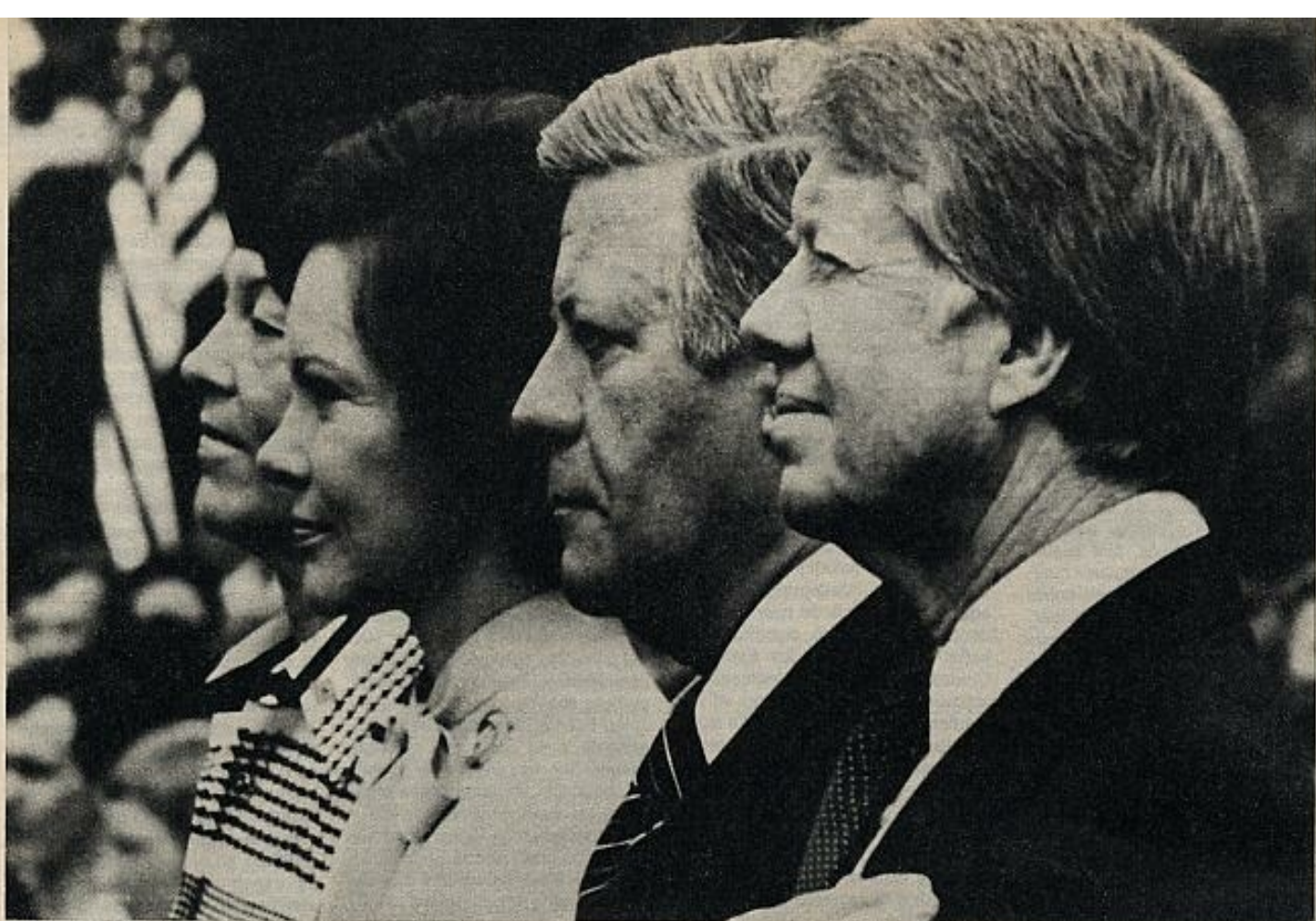
Para que todo ello sea posible, se ha desencadenado simultáneamente una campaña de "riesgo de guerra". En cualquier periódico del mundo —occidental— se encuentra, en cualquiera también de estos días, alguna declaración o algún artículo señalando que el peligro de guerra existe y, por lo tanto, que hay que estar preparados para ella. Puede encontrarse, por ejemplo, la declaración del almirante británico sir Edward Ashmore, jefe de la Junta de Defensa, en la entrega de los premios que llevan el nombre (típico en la contradicción semántica antes indicada) de "Espada de la Paz": en menos de dos décadas, la Unión Soviética ha desarrollado una capacidad militar "mucho más allá de lo que necesitaría para propósitos defensivos", y la reducción de los presupuestos de defensa sería "faltar a nuestras obligaciones con nuestro propio riesgo. Sin ello (presupuesto de defensa) no puede haber 'détente'". Están las declaraciones del profesor Piper —un experto de Harvard— asegurando que la Unión Soviética está ahora segura de que puede ganar una guerra nuclear, o las del general Haig —comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Europa— en el mismo sentido de la amenaza creciente y las del propio Presidente Carter al informar en una conferencia de prensa de que la URSS tiene ahora la superioridad atómica sobre Estados Unidos —al contrario que hace veinte años—, mezclando esta información con las noticias del "espionaje electrónico" realizado "desde varias Em-

bajadas de países extranjeros, principalmente la URSS" y con los comentarios acerca de que no se deben ignorar las posibilidades de una invasión de Europa por los países del Pacto de Varsovia. El cual Pacto de Varsovia, a su vez, se inquieta y explica que no solamente no tiene intenciones de invadir a nadie, sino que está detectando preparativos de ser invadido, y uno de ellos es la fabricación de bombas de neutrones. El portavoz del Pacto dijo que esta decisión de Estados Unidos contradice el tono de las negociaciones que se están llevando a cabo en Viena —reducción de fuerzas militares en Europa occidental— y en

Ginebra —prohibición de todos los ensayos nucleares—. Es evidente que la Unión Soviética y sus aliados no ven con ninguna tranquilidad que las tropas de Estados Unidos estacionadas en Europa, y el arsenal de la OTAN, se incrementen con esta nueva arma.

El tema, en cambio, parece bien acogido en algunos países europeos, sobre todo en Alemania Federal: aunque no se indica nada de ello, ha debido ser tratado en las conversaciones de la semana pasada entre Carter y el canciller Schmidt. Una de las ventajas que atribuyen los militares a las bombas de neutrones es la de poder combatir a "tropas enemigas instaladas en países amigos": su condición destructora de vidas en un radio de acción concentrado, pero no de propiedades e instalaciones, el país supuestamente invadido podría verse "limpio" de invasores sin graves pérdidas en sus industrias. La mayor parte de los "escenarios" de una invasión de Europa por la URSS —o, como se





El tema de la bomba de neutrones parece haber sido bien acogido por la RFA, cuyo canciller, Schmidt, debió de tratarlo directamente con Carter durante su visita a la Casa Blanca, la semana pasada.

dice, por el Pacto de Varsovia— señalan que el país que sufriría en primer lugar la invasión sería Alemania Federal. Pero no sería el único. Parece ser que el primer envío de bombas de neutrones a Europa se haría directamente a la RFA. La diplomacia y la fuerza de Carter, sin embargo, se ejerce en el sentido de que tanto Alemania Federal como los demás países europeos de su alianza no entiendan ahora que pueden reducir su esfuerzo en armamento y en mantenimiento de ejércitos convencionales, por la idea de que van a ser defendidos por la bomba de neutrones. No es sólo una cuestión económica y de dependencia (el armamento europeo depende en gran parte de las compras a los Estados Unidos), sino también estratégica: interesa que el desencadenamiento de una guerra nuclear sea una cuestión muy difícil, y que si hay conflicto se reduzca en principio a las armas convencionales. Dicho de otra forma, el conflicto podría iniciarse con el enfrentamiento de los ejércitos llamados convencionales en forma de guerra clásica similar a la anterior (aunque el armamento llamado convencional haya aumentado enormemente en capacidad destructiva desde entonces), utilizando las bombas de neutrones sólo en un agudo paso, y el armamen-

to nuclear de destrucción masiva como final. Como apocalipsis.

La idea de que puede llegarse a una guerra sin utilizar el armamento de destrucción masiva —nuclear— prohibido por el "equilibrio del terror" no deja de ser acariciada por los especialistas desde que se llegó a la idea de la imposibilidad de la gran guerra. ¿Cómo conseguir una buena guerra, con todas sus ventajas posibles, sin llegar a la destrucción de la Humanidad, que reduciría a la nada esas ventajas posibles o supuestas?

La bomba de neutrones parece la mejor respuesta. Es el esfuerzo de muchos años de ingenieros y técnicos para hacer posible la guerra. Sin una mortandad exagerada, sin una destrucción total de ciudades y de población civil, podría conseguir el resultado apetecido. Se sabe cuáles son las ventajas que los belicistas ven en las guerras, desde la atroz de la "reducción demográfica" hasta la suposición de un "progreso de la Humanidad", suponiendo que en las guerras se han producido grandes avances técnicos y sociológicos; y la idea filosófica de que se "dirimen" los puntos de conflicto: la idea de la guerra "resolutiva". El argumento sería, más o menos, éste: desde hace muchos años, y no sólo desde la segunda guerra

mundial, sino desde antes —la segunda guerra mundial fue un accidente en el camino— hay una oposición entre el mundo comunista y el mundo capitalista. Una oposición que se haría ya patente el final de la primera guerra mundial, con la revolución rusa, visiblemente en la oposición de entonces entre el Presidente Wilson —con sus "puntos"— y Lenin. Vendría a coincidir esta apreciación de carácter capitalista con la típica del comunismo según Marx: toda guerra —como toda la Historia— es una consecuencia de la lucha de clases, revestido luego, todo ello y por ambas partes, de la palabrería correspondiente. La implantación de un sistema comunista de organización soviética en media Europa, la de un sistema capitalista de la línea de Estados Unidos en la otra media, habría agudizado el conflicto. Ese conflicto no deja de expandirse por el mundo, y afecta a todas las ideas y a todas las posiciones: los revolucionarismos, las guerras de independencia, los problemas de la religión, la crisis económica, no serían más que una consecuencia de no haberse "dirimido" la cuestión que crece desde hace sesenta años por lo menos. Sólo una "guerra resolutiva" podría llegar a un final feliz. Esa guerra fue ya imposible, primero porque la tor-

peza del nazismo derivó al problema en Europa fuera de su verdadera dirección; luego, porque la obtención por la URSS de la bomba atómica, después nuclear, haría nacer lo que se llama, según los vocabularios, coexistencia pacífica, "détente" o equilibrio del terror. Todo el malestar del mundo, incluyendo en él desde la "angustia cósmica" del hombre contemporáneo hasta los conflictos llamados locales, pasando por los destrozos económicos.

No falta quien relacione la nueva ofensiva Carter contra la URSS, encabezada por la cuestión de los "derechos humanos" —que los soviéticos relacionan con el fomento económico, político y moral por parte de la CIA de las disidencias internas, e incluso con el eurocomunismo como arma de Estados Unidos— con la existencia de la bomba de neutrones. Es decir, con la posibilidad de un arma que recupere los derechos de la guerra, que se habían perdido, o incluso que presione a la URSS para que varíe sus posiciones políticas exteriores —incluso interiores, incluso de cambio de régimen— ante la seguridad de que perdería la guerra que se desencadenara y que no podría acudir al "arma absoluta" —la destrucción nuclear— para no verse destruida a sí misma. ■